

1

SNEFRU

Año 2.619 a.C.

El trono era duro e incómodo, a pesar de los mullidos cojines de plumas de las aves más veneradas. Se preguntaba si era su destino ingrato, o tal vez alguna extraña maldición, lo que le hacía tan poco acogedor; pues cualquier hombre hubiera encontrado aquel asiento el más confortable del reino, pero él lo odiaba. Haría llamar una vez más a su Saw, su médico especialista en encantamientos, para que lo inspeccionara. Tal vez había dejado pasar algún hechizo oculto.

El griterío de la muchedumbre le atacaba los sentidos. El bamboleo leve de los portadores le irritaba y la música de los tambores, que a su intendente de protocolo tanto le gustaba, le estaba volviendo loco.

Ni siquiera encontraba placer en las caras de los habitantes de Menfis. ¡Falsos! Buscaban el morbo y la sofisticación. Escudriñaban su cara y asistían al desfile del lujo y la victoria con la indiferencia de los que se saben en la capital del mundo y asisten a un espectáculo más al que tienen derecho, como si el faraón estuviera a su servicio y no al revés. Los nobles a los que había despojado de su poder le miraban con odio, y los comerciantes que se enriquecían veían coartado el techo de su creciente pujanza. Y allí no había gentes llanas, pues no se les permitía el acceso. Eran los cortesanos, gentes de alta cuna, ricos, etc., los que le examinaban como si fuera un esclavo que comprar. No había gratitud en sus ojos, como sí veía en los habitantes de los pequeños pueblos de campesinos en las riberas del Nilo bendito, que agradecían los pequeños y rudimentarios canales que regaban sus tierras; campesinos que le ofrecían con amor los frutos de su trabajo y que hubieran dado su vida por él. Por el contrario, aquellos fatuos de ojos críticos juzgaban sus vestidos como poco dignos, y su aparición teatral les serviría de morboso entretenimiento entre banquetes que costaban lo que muchos de aquellos canales.

No quería volver. Se había encontrado tan bien fuera del ambiente

opresivo de la corte que hubiera prolongado eternamente la expedición a Nubia si no fuera porque la reina había muerto. De no ser porque interrumpía su mejor momento en muchos años, incluso lo hubiera celebrado, pues nada le unía a ella salvo su sangre real, que le había dado el trono y una hija bellísima a la que adoraba, aunque tampoco la veía a menudo tras su ingreso como novicia en un templo de Isis.

Llevaba mucho tiempo sin visitar a su reina Heteferes en su alcoba. No compartían las ceremonias ni aceptaba su presencia en actos protocolarios, en los que cualquier concubina la representaba. No. Él era muchas cosas, pero no un hipócrita. Ella sabía que no obtendría más de él, y bastante hacía comportándose con total cortesía, respetando su cargo, atribuciones económicas y cuantos costosos caprichos se le ocurrieran para irritarle. Incluso vivía en palacio, aunque totalmente incomunicada de sus dependencias.

Y ahora le fastidiaba de nuevo muriendo en el peor momento. Odiaba representar lo que no era o sentía. Y su mal humor era evidente. El pueblo lo tomaría como el sentimiento lógico de aquel que pierde a su esposa, pero tanto le daba que supieran la verdadera causa. Presidiría las ceremonias y buscaría un conflicto que le permitiera volver a salir de Menfis. O se inventaría una guerra. No aguantaba más.

Ni siquiera se dio cuenta de que la comitiva se había detenido y los gritos habían desaparecido hacía rato, una vez habían entrado en palacio.

—Padre.

Levantó la cabeza, sorprendido de su propia abstracción. La sonrisa de sus hijos le devolvió a la vida. No había muchas cosas que le alegrasen, y esa era una de ellas, por mucho que sus caras le recordasen a su madre y lo poco amable del acto con el que los creó. Abrazó con cariño a Kanefer y, cuando hizo lo propio con Keops, notó su rigidez, tan evidente como la del trono que acababa de dejar.

—¿Hijo?

—¿Es que no tienes sangre en las venas?

La alegría se agrió en su garganta. Reprimió la ira que amenazaba con ascender entre bilis por su estómago. Miró a su hijo. Su cara redonda y sus labios gruesos que tan encantadores parecían cuando era un pequeño retoño llorón habían mudado en una eterna mueca tensa y crispada, de ojos estrechos y apariencia desconfiada e intro-

vertida. Sin perder su cara de niño, su exagerada expresividad revelaba sus propósitos como si estuvieran escritos en un papiro, lo que le hacía previsible, aunque también amenazador y cruel.

—¿Qué ocurre?

Keops rechinó los dientes. A sus diecisiete años era inteligente y muy culto, pero despiadado.

—¡Te insultan! ¡Nos insultan a todos!

Por más que esperase aquella cantinela, siempre le dolía. No podía explicar a su propio hijo la verdad, y ésta le quemaba en la boca, tanto como los ácidos que ningún médico sabía contener.

Y callaba, mirando a su hijo con cariño. No podía hacer más. Algún día él recibiría los frutos de sus esfuerzos sin aguantar la quemazón de sus úlceras. Entonces le contaría todo.

—¡Todo el mundo lo ha visto! ¡Te ningunean! Todo este desfile no vale para nada sin la bendición de Ra. Y no se han dignado a enviar una delegación mínimamente acorde a la importancia de tu vuelta. Los nobles te odiarán por esto, y te recuerdo que no te conviene desafiarlos más.

—No es tan importante. Y los nobles... ¡Que me odien! Más me van a odiar. El país funciona mejor sin ellos y sus ínfulas de poder y codicia, alejados de la realidad del pueblo.

—¡No puedes vivir sin el amparo de los dioses! Despreciaste a Ptah y ahora Ra te da la espalda. ¿Cómo va a respetarte el pueblo si tus mandatos no están legitimados por un dios?

Snefru levantó la vista, que había bajado mientras hablaba, por lo poco convencido de su propia respuesta. Pero la alarma volvió a tensar su estómago y alertar su alma.

—¿Esa frase es tuya?

El instante de vacilación de su hijo le reveló mucho al faraón, que se sintió asqueado. Los nobles contra los que tanto había luchado para lograr la preeminencia del poder real trataban de actuar sobre él a través de su propio hijo. Pero la rabia habitual se sobrepuso a la duda.

—¿Y por qué no habría de darte yo un buen consejo? ¿Qué es lo que te extraña?

—Hablas con la voz de otros. Y no me gusta. Prefiero aguantar tu ponzoña habitual sabiendo que eres tú, y no otro en tu boca.

—¡No soy un espía...! Y a veces me preguntó si aún soy hijo tuyo.

El semblante lívido de Keops no decía lo mismo, pero, por suerte, Kanefer acudió con su bondad habitual, tomándole del brazo en un gesto que conmovió a su padre. ¡Qué gran político sería! Con su ayuda, y la de su hermano, algún día sería el más grande faraón de las dos tierras... Y tal vez algo más.

—Padre... —Miró a Keops con aire ofendido—. Hay algo que debes saber. En tu ausencia...

Snefru sintió que su cabello se erizaba. No quería saber de qué se trataba. Sólo quería descansar de una vez. Estaba harto de los golpes traicioneros. Kanefer esperó a que su padre digiriera que algo malo se avecinaba y pudiera prepararse para ello. El sabía de sus ataques de acidez, fruto de las reacciones contenidas.

El faraón miró a su hijo mayor agradeciéndole ese suspiro de paz. Sería un gran rey. Era respetuoso sin perder su energía, justo al contrario de Keops, cuya rectitud rayaba el fanatismo, lo que tal vez le haría un magnífico visir al servicio de su hermano. Asintió, preparándose para la noticia.

—Tu sacerdote de confianza. El tío Rahotep.

Una pequeña tormenta estalló dentro de él.

—¡No! ¡Dioses!

Cayó desmadejado. No podía creerlo.

—¡No! —sollozó—. ¡Estoy maldito!

Keops no pudo contenerse más. Y esta vez, Kanefer no intentó frenarle.

—¡Le han matado! No podían permitir que alguien con buen corazón hablase en su nombre. Era tu amigo y una persona buena, a pesar de representarles, y han querido herirte de esa manera tan mezquina. ¡Tenemos que vengarnos! Por eso no te han acompañado en el desfile. Tengo a la guardia preparada. Podemos salir esta noche y detenerles por sorpresa. Entraremos en el templo...

Snefru chirrió los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas y le pitaron los oídos.

—¡Basta! Keops. ¡Calla! —Miró a sus hijos—. Si han sido ellos, tened por seguro que van a pagarlo. Esto colma cualquier otra provocación. Jamás sabréis el daño que me han hecho... Que os han hecho, con esto. No era un simple sacerdote. Era mucho más. El sucesor de Imhotep, correo de los dioses...

Calló, dándose cuenta de que estaba hablando demasiado. Su hijo lo tomó como una muestra de debilidad.

—Parece dolerte mucho más que la muerte de madre.

—¡No te atrevas a juzgarme! No sabes nada de mis sentimientos.

—Pero veo lo que parecen reflejar.

El faraón suspiró como un niño.

—Vuestro tío era tan importante... ¿Qué digo? Era mucho más importante para vosotros que yo mismo o que vuestra madre. Con su falta no seréis ni la mitad de competentes como rey y visir que con sus...

Dejó pasar una larga pausa. Sus hijos la respetaron brevemente, pues su dolor era tan evidente que le costaba respirar, pero enseguida volvieron a la carga. Esta vez fue Kanefer.

—Nosotros vemos lo que vemos, pues no nos das mucho que podamos sacar en claro. Y lo que vemos nosotros es lo que ve tu pueblo.

—Comprendo, pero ahora dejadme solo. Tengo que... investigarlo. Saber qué ha ocurrido realmente. —Señaló a Keops—: Mal visir serás si actúas sin analizar los hechos. Podrán utilizar tu carácter contra ti. No lo olvides.

—Tal vez seré mejor rey que tú.

—¡Jamás! Tu destino no es ser rey. Recuerda que estás hablando con el faraón, que puede que olvide ser tu padre y te trate como mereces. ¡Largaos!

Kanefer asintió, complacido por la respuesta juiciosa, que también ponía a su codicioso hermano en su sitio, aunque preocupado por el semblante lívido y el rictus de dolor de su padre.

Keops volvió la vista para supurar la rabia en su redondo rostro fuera del alcance de los que le ninguneaban.

Pero no había más que decir. El faraón había dado por terminada la entrevista y ni sus hijos podían cuestionar una orden real. Caminaron lentamente hacia la puerta.

—¡Hijos! —llamó cuando ya cruzaban el umbral dorado. Se volvieron a una. Snefru miró a su hijo pequeño. Sus ojos brillaban—. Muchas cosas van a cambiar. Vais a sentirnos orgullosos de vuestro padre.

2

HARATI

Año 2.619 a.C.

Harati sintió el brazo de su hijo caer pesadamente sobre su cara y sonrió, abriendo los ojos. Barruntaba que casi era la hora. Su momento favorito del día. Se levantó de la enorme estera que compartía con su mujer, Nefret, y su hijo adolescente, Tui. Se sacudió el calor y respiró hondo para llenar su cuerpo de aire nuevo. Si por él fuera, dormirían la mayor parte del año en la terraza, pero según su amada esposa era una costumbre de demonios.

Tras desperezarse, se acercó al rostro de la bella mujer que los dioses le habían regalado y la besó en los ojos con cariño.

—Despierta, mi vida. Es hora.

Su mujer torció el gesto y se dio la vuelta. Harati volvió a sonreír. Perezosa y con mal carácter... pero suya.

Tomó la escalera de mano, bajando al piso inferior, cuidando de no pisar a la vieja Mek, una cobra casi desdentada que apenas cazaba ya ratones. La cogió con cariño, pero con cuidado, pues, aunque vieja, su mordedura aún causaba mucho dolor. Hacía mucho que había pagado una pequeña fortuna al nubio que se la vendió. Su mera presencia ya era una garantía, famosa en toda la comarca como signo de distinción, ya que muy pocos podían pagarla. Y eran menos los nubios que dominaban el arte de domesticar a tan peligrosos y traicioneros animales, por más que fueran la imagen de la diosa Uadjet, venerada con fervor en el bajo Egipto. Harati incluso tenía un pequeño altar a Horus, patrón de los antídotos contra mordeduras de serpiente.

La dejó en su cesto. Más tarde su hijo cazaría algún ratón como premio por haber vivido una noche más luchando contra los espíritus malignos y el mal de ojo.

Suspiró mientras admiraba su estupenda morada. No hubiera destacado entre las mansiones comunes de la capital, pero sí era cara para las casas de adobe bastamente encalado de la región. La

había concebido a su medida, sin lujos, pero con una comodidad que ya quisiera el mismísimo faraón de Egipto. No tenía las pinturas que su esposa le había pedido, ni los acabados en maderas nobles que había que mantener periódicamente con un coste tremendo, pero era fresca y racional. Los pocos días del mes de Mesore en que la noche era fría, se podía calentar con un pequeño fuego gracias a los estrechos conductos de barro que repartían el calor por las estancias. En la temporada más cálida, su casa era famosa por ser un oasis, y ni los jardineros más caros conseguían moldear las plantas trepadoras de distintas especies y entrelazarlas para disfrutar del estupendo olor nocturno que refrescaba la estancia y aliviaba el calor. Tras la crecida, las flores alegraban el ánimo del más oscuro, y sólo el cariño con el que trataba cada pétalo lograba trenzar el entramado de flores de distintos colores y tamaños que revestían la casa mejor que cualquier pintura, estatua o avenida de esfinges en la capital. Harati consideraba la piedra fría y muerta, aunque eterna e impresionante. La naturaleza era vida y belleza.

Salió al exterior. En efecto, los primeros rayos del sol rascaban los surcos de sus tierras, manifestación del dios Kheper, un escarabajo que empuja el sol y cuya personalidad tornaba a Atón al mediodía y a Atún al anochecer. ¡Qué maravillosa visión! La humedad del amanecer, que comenzaba a evaporarse y levantaba los olores que le embriajaban y le recordaban que la tierra era algo más que el material que creaba sus cosechas, junto con el agua del Nilo sagrado y la gracia de los dioses. Aspiró con fuerza el aroma del jazmín que rodeaba su casa y que de noche ascendía por las aperturas en las paredes para refrescar su dormitorio. Tardaría bien poco en esconderse hasta la noche siguiente y quería comenzar a trabajar con aquel olor divino en su nariz.

Miró al sol sin dejar de sonreír. Abrió los brazos y levantó la voz al cielo.

—Gracias, Kheper, por la vida que me has dado y por la que ayudas a insuflar. Gracias por la dicha de contemplar el brillo de las flores de lino al amanecer y los brazos de mi esposa al caer el día. Gracias por un hijo que tanto esperé y por la tierra que me ha sido dada.

—¿Papá?

Se volvió. Había lágrimas en sus ojos. Su hijo le traía el desayuno. Papilla de cebada y leche. Ignoró la inocente insolencia del pequeño, que le apartaba de sus deberes religiosos que más tarde retomaría.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy feliz. Porque los dioses nos tratan bien. Estamos sanos y no podría desear otra vida distinta a esta.

—Pero mamá dice que somos pobres y nuestra vida es miserable.

Harati sonrió.

—Está en la naturaleza de las mujeres la ambición desmedida que las aparta de la felicidad. Te citaré unos versos de las enseñanzas de Ptahoptep:

Si deseas que tu conducta sea buena, apártate de todo mal y guárdate de la codicia, que es una enfermedad incurable. Con ella es imposible la intimidad: hace resentido al buen amigo, aparta al empleado fiel de su señor, envilece al padre y a la madre y también a los hermanos, y separa a la esposa del marido.

Acarició a su hijo, haciéndole sonreír, y continuó:

—Dime: ¿no crees que gozamos de una posición privilegiada? ¿No crees que estamos bendecidos por los dioses? Compárate con el resto del poblado. ¿Qué necesitas para ser feliz? El buen Osiris en forma de lengua de agua nos bendice cada año, fecundando a la diosa Isis —tomó un puñado de tierra en su mano— y venciendo al malvado dios Seth y su aridez. Los dioses Mi Sodpu y Horus son patronos de las caravanas de asnos que se adentran en el desierto para recoger las resinas perfumadas, la miel silvestre, los metales y piedras preciosas, haciendo que vuelvan sin pérdida ni ataques de los Shasu y Sha-gaz, los miserables ladrones beduinos que visten la lana de la pécora impura y secan los pozos. Así ha sido desde el principio de los tiempos, salvo los periodos en que los dioses entraron en conflicto y olvidaron protegernos; pero eso no ha ocurrido en todos los años de tu vida, pues eres bendito de Ra. Desde que te fue insuflada la vida, no he conocido sino ventura.

El chico calló, sonriendo tímidamente. Harati nunca necesitaba de mucho para convencerle.

—Yo os necesito a ti y a tu madre, y la satisfacción de que la tierra y los dioses me traten bien. Los bienes que codicia tu madre no son sino baratijas que los hombres y mujeres de palacio encarecen con su arrogancia. En época de mala crecida pierden su valor y los cambian por comida. No hay activo más real que la tierra misma, ni nada que satisfaga más que ver crecer a un hijo sano e inteligente como tú.

Tui sonrió. La alegría de su padre era contagiosa.

—Madre se compara con las gentes de la capital.

—Así es. Y nosotros rezamos para que ese pequeño defecto le sea perdonado por el buen Osiris en el último juicio.

—¿Y por qué cuando yo me confundo en la escuela me pegan con la vara y madre tiene un defecto que pasamos por alto?

Harati rió a carcajadas. ¡Cualquiera se atrevía a darle un azote con la vara a su esposa!

—Todos tenemos defectos. El saberlo nos ayuda a ponerles remedio. A veces no queremos reconocerlos, como tu madre, pero para eso estamos nosotros. Cuando se quiere a alguien, se le quiere por sus virtudes, pero sobre todo, con sus defectos. Damos gracias por lo primero y obviamos lo segundo, que no podemos compensar, pues la familia es el conjunto equilibrado de los atributos de sus miembros. Todos somos uno. Además, tu madre compensa cualquier defecto con la belleza que me regala y con el bien más preciado que tengo.

—¿Cuál?

—Tú. Pero ya basta de cháchara, que el sol aprieta. —Hizo un gesto teatral de sumisión a su hijo, poniendo una rodilla en tierra—. Decidme, mi señor: ¿qué vamos a hacer hoy?

La cara del niño se iluminó.

—¡Hoy vamos a cazar a los topos y serpientes que estropean la cosecha!

Harati se plegó en una pequeña reverencia.

—Sí, mi señor capataz. Ordenad cómo he de hacerlo, pues este pobre campesino indigno no conoce las técnicas que han hecho famoso a su excelencia en las dos tierras.

3

GUL

Año 2.619 a.C.

Gul se preparaba para su jornada habitual, que consistía en pasar revista a sus hombres —hablando brevemente con ellos para escuchar sus necesidades, denuncias o informaciones—, y ponerse a las órdenes del rey, preparando sus expediciones o acompañándole al consejo como su guardia de más confianza.

No podía haber escogido un destino que le satisficiera más, teniendo en cuenta las circunstancias en las que se encontraba cuando perdió la batalla contra el que ahora era su amigo, el faraón de Egipto.

Recordaba cómo cambió tanto. No hacía apenas un año era el jefe indiscutible de las tribus del norte de Nubia, posición ganada tras muchos años de luchas para consolidar su supremacía. Hubiera sido el rey si las tribus hubieran tenido conciencia de reino, aunque bajo su mando eran, de hecho, un estado unificado...

Y ahora era un servidor. Un soldado del enemigo eterno. Sonrió a la amable paradoja.

Sin embargo, cuando recordaba el día de su captura, daba gracias al destino por cruzarle con un hombre justo.

Siempre recordaba el mal olor. Cuando se cruzaba con un puesto de esclavos del mercado, o una letrina pública, siempre le venía a la cabeza aquel día, mientras intentaba respirar entre el hedor de la sangre y los excrementos de sus hombres, atados juntos, preguntándose qué había hecho mal en la vida.

Mantecía los ojos cerrados, negándose a torturarse con la visión de la vergüenza. No había sido capaz de defender a su pueblo. Habían sido derrotados por un ejército sin duda más moderno y numeroso, pero de hombres débiles.

Intentó reflexionar.

Tal vez su pecado fue la arrogancia. Continuaba menospreciando

a aquellos norteos, y lo cierto es que no tenía ninguna excusa. Incluso les habían vencido en el cuerpo a cuerpo.

Les hubieran superado igualmente en el combate final, pero la mitad de las fuerzas egipcias habían tomado sus poblados, con las mujeres, viejos y niños. Y él, como responsable que era, había tomado la decisión de mantenerles con vida a cambio de su propia esclavitud. Sin duda lo merecía.

Un compañero tiró de las sogas y casi le disloca un hombro. Se tragó un rugido de dolor. No hubiera sido digno.

Aún no sabía qué harían con ellos. Suponía que les matarían, ya que no todos conservarían la dignidad. Se consideraban cabezas de su familia y anteponían su destino al de sus mujeres. Y entre los suyos, hasta ahora le habían respetado por la simple causa de su fuerza en combate singular y su capacidad de gobierno justo, pero ahora...

El alma se le encogía con cada pensamiento. Pero no lo exteriorizaría. Él era la cabeza de muchos, y aunque caído, no deshonraría a generaciones de bravos nubios.

Escuchó su nombre. Le desataron, aunque eran cinco o más los que le llevaban apuntándole con sus arcos cortos. Aún le temían.

—Bajad las armas. No nos atacará. Ha demostrado su nobleza. Dejadnos.

Abrió los ojos. Un curioso personaje caminaba hacia él. No era fuerte, ni sus músculos destacaban entre sus miembros, y una leve barriga sobresalía de su túnica sucia. Pero era digno y valiente. Como había sido él.

—Vamos a bañarnos. Los dos estamos sucios.

Se acercaron al río. Escogieron un remanso entre la fuerte corriente.

—¿No teméis a las fieras?

—Contigo no.

Se lavaron durante un buen rato. Finalmente se sentaron a secarse en una gran roca.

—¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Lo que vosotros queráis.

Gul miró al extraño hombrecillo, cuyo tamaño doblaba. Sin embargo, su seguridad le hacía sentirse pequeño e intimidado. No le había ocurrido jamás, ni temía en modo alguno la muerte. Pero aquel ser le desconcertaba.

—Explícate.

—Habéis luchado con fuerza, nobleza y dignidad. Vine aquí para controlar una rebelión de bandidos que sé que no tienen nada que ver con vosotros. Y defendisteis vuestra tierra con bravura.

—Imponemos nuestra ley.

—Había oído hablar de vosotros, pero quería saber si esto era cierto o no.

—Entonces, ¿nos vais a liberar?

—Si lo queréis así, por supuesto. Sé que buscaréis a los bandidos y acabaréis con ellos. Sin embargo, quiero proponerte algo.

No estaba en situación de juzgarle, pero sí trató de saber de él a partir de los rasgos de su cara. No era joven, aunque su temple era el de una persona de edad más avanzada de la que aparentaba. Sus ojos eran grandes y redondos, lo que indicaría vulnerabilidad en un rostro vulgar, pero su mirada era serena como la de un león, y no conocía a muchos capaces de sostener la suya. De igual manera, su rostro redondo hablaría de excesos y pereza en un hombre corriente, pero sus pómulos eran firmes y el gesto de su boca le decía que no hablaba a la ligera. Su voz era frágil y ligeramente ronca, pero el tono que conseguía no admitía duda. Estaba acostumbrado al mando y lo ejercía sin contemplaciones. Hablaba con gran economía de movimientos en sus labios y, a veces, sus párpados parecían caerse, lo que daba la impresión de que estaba ya de vuelta de casi todo en la vida.

El nubio asintió con la cabeza, invitándole a continuar. Sin duda, merecía su respeto.

—Necesito de vosotros en Menfis. Seríais mi guardia personal. A cambio garantizaría la prosperidad de vuestro pueblo. Construiríamos diques y canales que irrigaran vuestras tierras y seguiríais controlando vuestro país desde vuestra capital a través de correos que yo os proporcionaré. Mantendréis vuestra independencia y tomaréis vuestras decisiones, pero seremos un solo país, y se os trataría igual que a cualquier otra región, con todas las ventajas. Contribuiréis al granero real en época de buenas cosechas y éste os alimentará cuando sean malas.

—¿Y qué queréis a cambio?

—Vuestra fidelidad. Vuestra sabiduría y consejo sin tapujos. Se os presentaría como esclavos de guerra, pero sólo para engañar a los corruptos. Seréis mis hombres de confianza y no responderéis ante nadie más.

—¿Y si caéis en desgracia? La posición de un general es efímera. El hombrecillo sonrió.

—La del faraón no.

Gul levantó la cabeza, asombrado.

—¡Pero vos habéis participado en combate!

Snefru rió.

—En realidad, bien poco; pero al igual que la confianza comprada de un corrupto es peligrosa, la de un soldado que confía en tu brazo en la batalla es sincera. Y como tú, he de hacerme respetar. No somos tan diferentes. De hecho, nos parecemos mucho, pero yo te he superado con justicia.

Gul se permitió una sonrisa triste.

—Lo que menos importaba eran los bandidos.

—Es cierto. Pero podrías haberme vencido en combate. Incluso ahora podrías vengarte. Estoy a tu merced. —Abrió los brazos—. Pero creo que no me vas a atacar.

—¿Y cómo sabéis que no voy a hacerlo?

—Porque necesitas tanto como yo alguien en quien confiar para controlar a tu pueblo. No somos diferentes. Eres un hombre de honor.

Gul y Snefru se miraron. De pronto encontraron el contraste del color de su piel, de sus músculos y su volumen, y los dos rieron a carcajadas hasta agarrarse.

—No. No somos diferentes